

madrugada, ó bien asistía breves momentos á alguna recepción de ministros ó embajadores. Iba á la sala de armas cuatro veces por semana, y era el rey de los tiradores. Lo mismo tiraba con arreglo á la moda clásica y correcta que siguiendo la escuela italiana.

Durante el verano tomaba aguas minerales en algún establecimiento de los Pirineos ó en Baden. En los Pirineos jugaba á la pelota con los vascos y cazaba osos. No volvió, sin embargo, por allí desde que un día, en el Casino de un establecimiento de baños, le preguntaron si sabía lo que había sido de madame Laverdac y de su hijo.

—No sé nada —respondió Mortal. — Pues qué, ¿han abandonado el país?

—Sí; se marcharon en 1851.

El apellido Laverdac sonaba mal en los oídos de Daniel. Desde entonces frecuentaba las aguas de Alemania.

IV.

Un matrimonio parisién.

No fué, sin embargo, allí, sino en Enghien, donde Daniel Mortal encontró, impulsado por la casualidad y de la manera más prosaica, á la que

había, no ya de transformar aquella naturaleza refractaria, pero sí de cambiar su existencia y llamarse con el tiempo la señora de Mortal.

Era una joven de buena familia, aunque muy pobre, que había ido allí á acompañar á su padre, al que habían recetado las aguas sulfurosas para una enfermedad que padecía en la laringe. Como no era rico, había escogido el establecimiento de aguas sulfurosas más próximo á París, y consumía en Enghien sus últimos recursos, los despojos de una fortuna derrochada.

—Comprenderás que es muy necesario que me cure —decía con tono medroso y egoísta á su hija.

Se llamaba M. de Chaunes, y había contribuido á arruinarle su afición al lujo y á los caballos. Había sido muy amante de las carreras de caballos, y hecho apuestas de consideración en las luchas entre los de pura sangre inglesa y los limosinos franceses. La dote de su mujer, sus bienes personales y cuantos recursos había encontrado, habían ido á parar á la sima que para su fortuna abrían estas aficiones. Anciano ya entonces, y más que anciano gastado, M. de Chaunes no tenía ya más que una pasión, cuyo objeto, muy respetable en verdad, era él mismo. No quería en

modo alguno estar enfermo, y mucho menos morir, y empleaba los restos de una riqueza localmente disipada, en cuidar su salud, cuyo estado le inquietaba, olvidando por la piadosa ocupación de observarse y quejarse, que la señorita Clara de Chaunes se quedaba cada día más pobre y que permanecía soltera.

Clara estaba encantadora, triste y resignada. Se había propuesto interiormente sacrificarse á su padre, y á los veintidós años había ya realizado tranquilamente y sin quejarse, el sacrificio de su destino. Había resuelto vivir así: trabajar, y desaparecer sin quejarse.

Cuando Daniel Mortal la vió en las orillas del lago, se enamoró profundamente de aquella hermosura, de aquella seducción con aspecto de sufrimiento que se notaba en ella. Conocía á M. de Chaunes por haberle visto en otros tiempos en los lugares destinados á los jueces en las carreras de caballos. Se presentó de nuevo, se dió á conocer, y renovó poco á poco las relaciones, que hasta entonces no habían sido íntimas por cierto. Mortal no había amado nunca hasta entonces; había tenido aventuras, caprichos, pero nunca una pasión.

La señorita de Chaunes acababa de despertar en él un sentimiento enteramente nuevo, impre-

visto y ardiente. La amó de veras, con sinceridad; mejor dicho, la amó con todo el ímpetu, con todo el ardor que le daba la fiebre de su deseo.

Ahora bien; para aquel ser indómito que no encontraba obstáculos en nada y que tenía lo imposible por seguro, la posesión había seguido siempre de cerca al deseo. Trató de hacerse amar por la señorita de Chaunes; pero el encanto singular é incitante ó el magnetismo de Mortal era de esos que no tienen influencia sobre ciertas naturalezas tímidas y honestas. Su ancha espalda, su esbelto cuello erguido sobre sus hombros, y su mirada abrasadora, inquietaban más bien que atraían á la señorita de Chaunes. El lo comprendió así, tanto que para conquistar mejor á la hija procuró agradar al padre.

El señor de Chaunes era un viejo noble arruinado, maniaco, al que Mortal fascinó con su *labia*, sus cuentos de aventuras, y sobre todo con el desdén que afectaba por el progreso y las nuevas ideas.

Mr. de Chaunes creyó encontrar en Mortal, cuya fortuna debía ser considerable, un marido tan inesperado como conveniente para su hija. Díosela, pues; obligó á la pobre niña á esta unión con una serie de argumentos tan enternecedores por lo que

tenían de resignados, como irritantes por lo que significaban de egoísmo. Alegaba que iba á morir, que quería ver asegurado el porvenir de su hija y estar también seguro de que no había de pasar los últimos días de su vida sobre el jergón de un hospital. Mortal era un hombre muy agradable, á quien estimaba mucho; si no era el marido soñado, era á lo menos el yerno apetecido. Él había hecho tanto por Clara, que bien podía ella hacer este sacrificio por él, siendo cosa segura que no se arrepentiría de ello, puesto que estaba seguro, segurísimo (así se lo decía su corazón paternal) de que había de ser dichosa, muy dichosa.

—Y además, tú comprenderás —continuaba— que yo no quiero morir en la miseria.

Clara se dejó convencer; nunca había entrevisto la vida más que con esta etiqueta en la primera página de su libro: *sacrificio*. Había visto morir á su madre siendo aún muy joven, y había vivido constantemente con M. de Chaunes, sufriendo sus manías y sus egoísmos. A su edad se sentía ya más vieja y más cansada de vivir que si hubiera estado en el ocaso de la vida. Había acariciado algunas veces en su interior alguna imposible novela, soñado en alguna unión á su gusto, la más

sencilla, la más ignorada, la más humilde del mundo, pero bien agradable para ella; pero era tan pobre, que nadie se había atrevido á unir su vida con la de aquella niña, y todos sus sueños habían desaparecido como el humo. Se dejó, pues, unir á Mortal, á pesar de no amarle, y tuvo el consuelo de ver á Mr. de Chaunes acabar su vida en el lujo, y morir, no de miseria, sino de una indigestión de trufas. ¡Había ayunado tanto el pobre!

Por lo demás, nunca sufrió tanto una mujer como debía sufrir la señorita de Channes. Clara había esperado que Mortal no la inspiraría, cuando le conociera mejor, aquel sentimiento de terror, aquel intuitivo espanto que experimentaba al verle; creía que era injusta para con él, y verdaderamente Daniel trataba de doblegar su naturaleza brutal, acomodándola á la dulzura de aquella mujer, y de disipar, de desgastar, por decirlo así, su rudeza al contacto de aquella gracia y de aquella bondad. Cosa singular; era la primera vez que maldecía su aspereza, su firme carácter, aquellas virtudes, en fin, de que siempre había estado tan orgulloso; la primera vez también que le hastiaba su renombre de aventurero, de que tanto había alardeado, y que le perjudicaba, á su juicio, en el cariño de aquella mujer. Él mismo se admiraba de

aquella transformación, asustándose al sentirse débil.

Preciso era que amase realmente á Clara, que la adorase, para que hubiese llegado á estudiarse así ante su mujer, á contenerse, á domar sus ímpetus y su cólera, que antes le enardecían y ahora le ahogaban.

Á pesar de todo, Clara no podía amarle, no podía evitar odiarle instintivamente. Tenía aquel hombre á sus ojos no sabía qué de misterioso, de trágico, de oculto, que la espantaba.

No había tenido la intuición de esto al casarse con él, pero luego, en mil pequeñeces que ella entreveía, en las reticencias de Mortal, en las palabras sueltas que alguna vez se le escapaban, adivinaba, no la verdad, pero sí una parte de aquella verdad que le daba miedo.

—Pero á fé mía—decía Daniel cuando ella le miraba de cierta manera llena de angustia—¿tiemblas ante mí, querida? ¿Por quién me tomas, pues? ¿Crees que he cometido algún crimen? Yo te garantizo que nuestros mejicanos asesinaban menos de lo que se asesina en el arrabal de Montmartre. ¿Estás tranquila?

Hasta la voz de Mortal al hablar así, aquel acento amargo y vibrante, contribuía á asustar á

Clara. Mientras Mr. Chaunes había vivido, había ella logrado reprimirse, condenándose á no dejar á nadie apercibirse de sus terrores ni de su repulsión; pero cuando se vió sola en el mundo, frente á frente de Mortal, tuvo, por decirlo así, el valor de su miedo. Hizo notar á aquel hombre lo odioso que le era, y le pidió el envidiado favor de que no la hiciera acompañarle en sus visitas y recepciones, dejándola en la calma solitaria de su habitación, donde permanecía días enteros pensando, soñando, llorando muchas veces, en tanto que Mortal cumplía sus deberes de sociedad, demasiado pesados para ella con semejante compañía.

Mortal estaba desolado. Era, sin duda, que empezaba su castigo. Adoraba á aquella mujer, y sufría entonces todo lo que él había hecho sufrir en otros tiempos. Se iba poniendo irascible, nervioso, casi sombrío, y comprendía que cuanto más acosado se encontrara por la irritabilidad y la tristeza, más había de aumentar en Clara aquel sentimiento, que pronto sería de odio. Aquellos dos seres, tan poco á propósito el uno para el otro, se habían herido ya demasiado viva y cruelmente para que nada pudiese ser olvidado ó perdonado entre ellos. Clara había sido atacada en todas sus delicadezas, en sus timideces y en sus melancolías,

y se había replegado sobre sí misma con instinto de sensitiva. Había separado en absoluto su vida, sus deseos y sus esperanzas de la existencia de Mortal. Se dejaba llevar como un cuerpo inerte arrastrado por la cubierta de un río, pero conservaba en su corazón ese sentimiento de resistencia que se opone á todas las tiranías, y se refugiaba en su mismo dolor y en sus recuerdos.

Daniel no aceptó largo tiempo aquella resistencia, y por más que la amase y que hubiese tratado de ceder, de dulcificar su humor y sus feroces instintos, llegó un día en que se presentó bruscamente tal como era, imperioso é inflexible.

Quiso obligarla á acompañarle á los bailes y á las recepciones oficiales, donde se notaba ya la falta de su mujer. Temía el ridículo, y por lo mismo que su carácter le impulsaba á ser celoso y tirano, tenía miedo de parecerlo. Clara tuvo que ceder. Se la vió en los bailes del Ayuntamiento y una ó dos veces en las Tullerías. Los reporters celebraron en la prensa su hermosura, y la señora de Mortal fué un nombre célebre.

Daniel se enorgulleció de ello; Clara tuvo vergüenza.

Puesto que la era preciso obedecer y seguir á Mortal, cuya voluntad había que cumplir en abso-

luto, prefería, siempre que la era posible, á las *soirées* en que se hablaba ó jugaba, las recepciones suntuosas de los banqueros de moda. En éstas podía, por lo menos, olvidar, refugiarse en su propio pensamiento, en tanto que bailaban los demás. Poco á poco había llegado á encontrar algún placer furtivo en las reuniones que daba los martes Madame Gardonne, á las que concurrían literatos, médicos y artistas, porque la dueña de la casa había tenido el buen gusto de establecer en sus salones un rinconcito destinado á la conversación amena y agradable de los eruditos, á cuyo rincón llamaba su *academia*. Decía, acaso con razón, que aquella pieza servía de contrapeso al salón de fumar; y era lo cierto que allí se escuchaba frecuentemente á personas de ingenio.

Clara escuchaba más que hablaba, pero deslizaba de cuando en cuando alguna apreciación, siempre justa, delicada y fina, con lo que había llegado á hacerse adorar de Madame Gardonne. Los poetas que concurrían á la casa le dirigían y dedicaban versos.

Mortal le decía con alguna amargura:

—¡Bien dichosa serás estando tan adulada!

—¿Quieres que no vuelva á casa de Madame Gardonne? pues no volveré.

—Qué apostamos á que lo sentirías?

Lo cierto era que Clara experimentaba instintivamente como una alegría íntima en aquel salón, en que había sido recibida desde el primer día como una niña mimada.

Mr. Gardonne era el abogado de Mortal. Un hombre de sociedad que tenía sus ribetes de literato. Le gustaba recibir á las celebridades cuyos nombres leía en los periódicos, y Clara se sentía como renacer en aquel medio inteligente y distinguido, y sobre todo, se veía más libre por algunas horas de aquel domador implacable que se llamaba Mortal.

Daniel afectaba desdeñar aquella *academia* y se metía constantemente en el salón de juego ó en el de fumar, lanzando con el humo de su habano alguna de aquellas terribles paradojas que dejaban estupefactos á los tímidos y «causaban escalofríos en la espalda».

Hacia, por otra parte, enérgicos esfuerzos por afectar esa calma que da la tranquilidad y la falta de temor de todo cuidado.

Si hubiera obedecido á su instinto, no se hubiese separado un momento del respaldo de la silla en que Clara estaba sentada entre aquellas gentes que la hablaban en voz baja; pero tenía decidida-

mente miedo de parecer ridículo. Le parecía de mal tono jugar al Otello, siendo D. Juan. Continuaba, pues, paseando y sonriendo, y Clara, olvidando á veces sus sufrimientos íntimos, escuchaba y hablaba.

Madame Mortal se había fijado, entre todos los concurrentes habituales á la *academia*, en un joven muy pálido, rubio, con aspecto de sufrimiento, que la miraba con frecuencia de un modo extraño. Había en aquella mirada una mezcla singular de sentimientos contrarios: mucha piedad, inquietud, una expresión de simpatía dolorosa, y alguna vez también de duda, y aun á veces un relámpago extraño que en más de una ocasión la había obligado á bajar los ojos con un pequeño sobresalto de malestar.

Nunca había hablado ella á aquel jóven. Sólo sabía que era músico y que había ganado el año anterior el premio de Roma. Un día preguntó su nombre á Madame Gardonne.

—¡Cómo! ¿no se lo han presentado á usted? Es Mr. Paul Laverdac.

Y se dirigió á él, y tomándole la mano,

—Querido señor Laverdac—dijo—permitidme que tenga el gusto de presentaros á madame Mortal.

—Yo me atrevería, por el contrario, á suplicaros—respondió Mr. Laverdac, que palideció ligeramente—que no me presentéis á Madame Mortal.

—¿De veras?

—Os lo ruego.

—¿Y por qué?

—¿Queréis que os lo diga?

—Ciertamente.

—Pues bien; yo llevo un nombre que sonaría acaso mal en sus oídos.

—¿Cómo! ¿qué significa?...

—¡Oh! nada—respondió el joven, que había dicho más de lo que quería decir.—Conocéis mi carácter raro y mi timidez, y sabéis que Madame Mortal no tiene para qué ocuparse de un músico inepto como yo, á no ser que quiera invitarme á sus reuniones para tocar rigodones al piano. Permittedme que me retire; os lo suplico.

—Como gustéis; pero también habéis de permitirme que os diga que estáis un tanto excéntrico esta noche.

El joven, muy pálido, sonrió con aire extraño.

Madame Gardonne se dirigió á Clara en tanto que Laverdac ganaba la puerta, y la dijo:

—Querida, ese Laverdac es un oso. Os tiene

miedo. ¿Creeréis que me ha dicho que su apellido os sería desagradable?... ¡Su apellido! Laverdac. ¿Le conocéis?

—No—respondió Madame Mortal—ni nunca he oído tal apellido hasta esta noche. ¡Laverdac!...

Y se abismó en meditación profunda, buscando, recordando, removiendo las cenizas del pasado.

¡Laverdac! Este nombre no evocaba para ella ningún fantasma, ningún recuerdo. Pero entonces, ¿por qué aquel joven había rehusado á que se le presentasen? ¿Qué significaban sus palabras, aquel temor, aquella duda?.... ¡Laverdac! repetía mentalmente este apellido, y al pronunciarle en voz baja creía volver á ver á aquel joven de veintiséis años, pálido, un poco encorvado, con su sonrisa triste y su mirada interrogadora. El hombre y el apellido le parecían enigmas.

Pensó repentinamente en su marido. Acaso fuera él quien conocía á Laverdac, y con su instinto de mujer le pareció entonces que estaba en camino de adivinar un secreto, ó que entreveía algo inexplicable y doloroso.

—¿Conoces el apellido *Laverdac*?—dijo á Daniel cuando se encontraron solos en el coche que los llevaba á su casa.

La luz de los faroles iluminaba el semblante, ordinariamente indiferente, de Mortal. Clara vió pasar por su rostro una sacudida, un relámpago de cólera ó de miedo.

—¡Laverdac!—contestó él bruscamente.—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada—dijo ella con frialdad;—porque es el de un desconocido que me han presentado esta noche.

Su mirada no se separaba un momento de las ardientes pupilas de Mortal.

—¡Laverdac!—dijo éste.—¿Has entendido bien?

—Sí, perfectamente.

Daniel tenía el mismo aspecto que si hubiese sido acometido de repente de un acceso de fiebre. Obligó á Clara á describirle al hombre que llevaba aquel apellido, á que le dijera su edad sobre poco más ó menos; en una palabra, á hacérselo conocer, y en tanto que la interrogaba, sus labios repetían maquinalmente:

—¡Laverdac! ¡Laverdac!

—¿Luego le conoces?—preguntó bruscamente Clara.

—A él seguramente que no..... Pero á su padre..... sí..... tal vez.

—¿Era uno de tus enemigos?

—No.

—¿Un amigo?

—Apenas le conocía.

—Entonces, ¿por qué rehusa su hijo serme presentado?

—No sé.

Clara quedó persuadida de que había adivinado la verdad; de que un lazo doloroso unía á Daniel al joven Laverdac, y de que su marido había desempeñado un papel interesante en la vida de aquel desconocido.

¿Qué papel? ¿Debía temblar Daniel ante Paul de Laverdac, ó Laverdac enrojecer ante Daniel? Lo ignoraba, y no había de ser por cierto Mortal el que se lo dijese. Si le interrogaba, callaría, ó acaso mintiese. Pero ella comprendía instintivamente, adivinaba que en aquel asunto había algo doloroso, vergonzoso, acaso criminal. Hasta esto último se atrevía á pensar, relacionándolo con el terror que Mortal la inspiraba.

Tenía repulsión, mucha repulsión á Daniel, y sobre todo, la infundía pánico, sin saber por qué, el pasado de aquel hombre.

Pensaba en él con el mismo vértigo que se siente cuando se mira un precipio desde una altura.

Aunque resignada y tímida, tenía la pobre Clara energías, impulsos súbitos de honradez indignada, y en una de ellas tomó rápida y resueltamente su partido. Puesto que quería averiguar aquel secreto resolvió preguntárselo al mismo Paul Laverdac, suplicándole, mandándole que se lo revelase.

—¿Quién sabe? Acaso me desprecia porque soy la señora de Mortal, se decía.

Y le parecía haber encontrado también amargura en la extraña expresión de la mirada de aquel hombre, siempre fija en ella y que tan profundamente la turbaba.

La idea de que aquel joven la despreciase la hacía enrojecer y estremecerse.

—Le hablaré, le hablaré—se decía.

Pero como si la casualidad estuviese en contra suya, Clara no volvió á ver en los salones de Madame Gardonne á Mr. de Laverdac. Tampoco se atrevió á preguntar por él. No quería llamar la atención de Mortal, que también por su parte, adivinándolo ella, buscaba entonces por aquellos salones al joven. Sin embargo, al ver que pasaban varias semanas asistiendo puntualmente á casa de Madame Gardonne sin ver á Paul, se atrevió á preguntar si estaba enfermo.

—Nada de eso—la contestó Madame Gardon-

ne.—Es que está trabajando mucho. ¿No habéis leído en los periódicos que se halla muy ocupado en la partitura de su ópera *Maximiliano de Austria*? Pero si queréis que os diga la verdad, os la diré; tanto peor para vuestra modestia.

—¿Para mi modestia?

—Sí; si ese desertor de Laverdac no viene á mi casa, es tan sólo porque sabe que venís vos.

—¿Yo?

—Seguramente. Yo creo que os tiene miedo, porque le habéis trastornado completamente la cabeza; y como nada puede esperar de Madame Mortal, se destierra, y hace bien.

Clara, encendida como una amapola y confusa, apenas podía afrontar la mirada de Madame Gardonne, que continuó riéndose:

—Cuando lleguéis á mi edad, no podréis contar los muchos á quienes habrá hecho desgraciados vuestra hermosura. Sólo os aconsejo que no los compadezcáis mucho y que los dejéis, como yo, lamentarse de su desgracia, sin tenderles ni siquiera la punta del dedo. Su gran amor pasa como pasa un gran catarro, y entonces encontráis en ellos buenos amigos. Ya sabéis, querida, que para una mujer casada nadie vale lo que su marido, ya sea un hombre de bien como el

mío, ó un esposo encantador como el vuestro.

Apenas había acabado Madame Gardonne esta especie de discurso, cuando entró en el salón Paul Laverdac y se adelantó á saludar á la dueña de la casa, haciendo á Clara una inclinación de cabeza.

—¡Hola aparecido! ¿Vos por aquí, espectro? Y bien, ¿y Maximiliano de Austria?

—He trabajado poco—contestó Laverdac.

—¿Cómo que habéis trabajado poco? ¿Pues qué os habéis hecho durante esta ausencia?

—He meditado—respondió él con acento un poco sombrío.

Madame Gardonne se echó á reir. La llamaban en otro salón. Al marcharse dirigió á Clara una sonrisa, murmurando muy bajo á su oído: «¿Qué os decía yo? ¡Bah, son tan dichosos con encontrarse desgraciados!»

Y desapareció rápidamente.

Clara, pálida y trémula, pero decidida á saberlo todo, continuaba frente á frente de Laverdac, arrugando su abanico y mirando al joven, que se inclinaba con mucha finura, saludaba é iba á su vez á abandonar el saloncito, cuando Clara, mirando á su alrededor y viendo que estaban solos, dijo bruscamente:

—¿Me permitís, caballero, que os dirija una pregunta?

Paul Laverdac se detuvo, balbuceó algunas palabras y esperó.

—El otro día no quisisteis serme presentado—dijo Clara.

—Señora.....

—Sí; Madame Gardonne me lo ha dicho. ¿Por qué no quisisteis? Dijisteis que vuestro nombre sonaría mal en mis oídos, y no comprendo por qué. Quisiera saber, caballero, qué es lo que entendéis por.....

—Nada he querido decir, y nada he dicho, señora—interrumpió Laverdac.—Ruégoos me perdonéis.

—No, no—continuó Clara.—No me comprendéis. No es que os dirija un reproche, para lo que ningún derecho tengo. Lo que yo deseo es pedir os una explicación.

—¿Una explicación?—dijo Paul, evidentemente turbado.

—Sí; la explicación que creo que me debéis. Se la he pedido á mi marido, y no me la ha querido dar. Sólo me ha dicho que conoció hace tiempo á vuestro padre. Si este recuerdo despierta en vos alguna impresión dolorosa, perdonadme y

no me contestéis; pero si el sufrimiento ha de ser para mí, os ruego que habléis. Respondedme con toda franqueza, así como yo os dirijo francamente una pregunta estudiada para sorprenderos, pero cuya respuesta me interesa mucho. ¿Por qué el apellido Laverdac ha de ser desagradable á Madame Mortal?

Ordinariamente pálido, Mr. Laverdac se había puesto amarillo, y al oír el nombre de Mortal pareció lanzar de sus ojos un relámpago de mal comprimida cólera. Se irguió y un temblor pasajero agitó sus labios.

No contestó. Parecía tener miedo de dejar escapar una palabra, porque aquella palabra había de cauterizar como un ácido concentrado.

—Mr. Mortal—repitió Clara—conoció en otro tiempo á vuestro padre.

—¿Os lo ha dicho él?

—Sí.

—¿Os ha contado también la muerte de mi padre?—dijo el joven con ironía sin duda involuntaria.

—No me ha dicho siquiera que hubiera muerto.

—Entonces, ¿lo ignoráis todo?

—Nada sé—exclamó Clara—y quiero saberlo..... Veamos..... hay en esto algo de espantoso.....

un secreto..... que deseo conocer..... Suplicoos que me lo digáis.

Aquellas palabras dichas con expresión tan elocuentemente conmovedora, y aquella súplica, dejaron confuso á Laverdac, que entrevió de repente la larga serie de terrores que agitaban á aquella pobre mujer. El sonido de su voz, su mirada, todo decía con angustia que presintiendo que Mortal había desempeñado un papel acaso odioso en aquel drama, deseaba saberlo todo, aunque aquella revelación hubiese de traspasarla el corazón como la afilada hoja de un cuchillo.

El joven tuvo compasión de ella.

Madame Gardonne había adivinado. Paul Laverdac se sentía invenciblemente arrastrado hacia aquella mujer, á pesar de la lucha que había sostenido consigo mismo. El nombre que llevaba había despertado en él al principio cólera y curiosidad ardiente. Laverdac conocía bien la siniestra leyenda de la muerte de su padre, en la que el nombre de Daniel Mortal andaba mezclado de tan lúgubre manera. Allá en los Pirineos, Mortal había sido considerado siempre en las historias que se contaban en el país, como el asesino de Mr. Laverdac. Los recuerdos de la deuda de juego, pagada con una denuncia habían quedado siempre

presentes, vivos, sangrientos en aquellos contornos. El hijo del muerto y la viuda de Laverdac los habían oído contar muchas veces, y habían conservado de ellos amarga tristeza, mezclada con la esperanza de vengarse.

Madame Laverdac vivía sola con su hijo, sencilla y casi pobremente, y cuando hablaba del muerto, el joven sacaba del cajón de su mesa una pequeña cartera encarnada, y abriéndola, enseñaba á su madre una carta firmada *Mortal*, diciéndole:

—Sin embargo, madre, si quisiéramos, ésta sería nuestra venganza.

Pero entonces Madame Laverdac terriblemente asustada, atraía hacia sí á su hijo, le besaba nerviosamente en la frente, y le decía:

—¿Para qué ponerse en lucha con tales gentes? Dejémoslos en su insolente triunfo. ¡Bah! tu pobre padre no te había de ser devuelto. No encuentro en ello más que nuevos peligros. Quiéreme, trabaja, sigue portándote siempre bien, y no pidamos nada á nadie, ni aun la venganza á la suerte.

Paul cerraba la cartera, la volvía á guardar en el cajón y decía suspirando:

—Sin embargo, así se permite que continúe la injusticia, que tome carta de naturaleza, que eche

raíces y que se convierta en fuente de infamias..... Luego, olvidaba y no se volvía á hablar de Daniel Mortal.

El encuentro de Madame Mortal había vuelto á despertar todo su odio; pero aquel odio que se hacía más vivo contra Daniel, no alcanzaba á aquella mujer, á quien Paul había estudiado, á quien él había interrogado, sin hablarla, con sus miradas, y en quien el insensato había creído adivinar, no una mártir, sino una cómplice. Y tanto más aumentaba entonces su simpatía por Clara, cuanto más grande había sido al principio su absurda prevención. No se perdonaba á sí mismo el haber podido pensar en unir en su desprecio á aquella mujer y aquel hombre. De buena gana hubiera pedido perdón á Clara.

No era aún amor lo que Laverdac experimentaba por Clara; pero sí ese sentimiento irresistible de que nace el amor. Se tiene antes la curiosidad de conocer, que el deseo de poseer. Antes que seducido se siente uno atraído. La especie de ascendiente que Laverdac ejercía sobre Clara, tenía también mucho de ese estado del espíritu que pronto obra sobre el corazón. El amor sigue de ordinario bien pronto á esa atención interesante, y la casualidad, ó mejor, la inevitable suerte que así empujaba al